



JARAMILLO SIERRA, Bernardo.—
Valles de Colombia. Editorial Voluntad.
Bogotá, Septiembre de 1949.

En Colombia por cada cien libros de versos, de cuentos, de historia, de literatura en fin, que se publican, se imprime uno sobre los problemas fundamentales de la Nación, cuyo estudio interesa al 99% de los colombianos. Sin embargo halaga comprobar que, el estudio juicioso y de trascendencia innegable que este escritor colombiano hace en el libro que nos ocupa, haya tenido una amplia resonancia en todos los sectores de la opinión. La mayoría de los órganos de publicidad hablados y escritos le han dedicado extensos y consagratorios comentarios.

Los siete interesantes capítulos de esta obra constituyen una voz de alarma sobre el problema capital de este país de agricultores que está buscando afanosamente el hambre y la ruina, no solamente para el futuro, sino para la generación presente, al colaborar con las fuerzas de la naturaleza, por medio de equivocados sistemas de cultivo y de absurdas prácticas, a destruir nuestra precaria capa vegetal.

La palabra erosión, dice el autor, tiene su origen en la voz latina erodere, que significa corroer. Es la degradación progresiva ocasionada a los terrenos por las fuerzas incontroladas de las aguas y los vientos. Para el caso colombiano podríamos agregar: y por la desidia de los gobiernos. Determinan y regularizan la erosión los siguientes factores: 1º) las lluvias, de acuerdo con su intensidad; 2º) la

topografía de los terrenos (accidentes, pendientes, porcentajes de inclinación); 3º) cobertura de vegetación y humus; 4º) Condiciones retentivas e infiltrantes del suelo. La capacidad erosiva del agua varía con el cuadrado de la velocidad. Cuando la velocidad del agua se duplica la erosión se cuadruplica.

Nuestros terrenos son propicios a la erosión; los Andes que ocupan la mayoría del territorio habitado del país, tienen inclinaciones que sobrepasan el 30%; en los Estados Unidos no es permitido cultivar terrenos con una inclinación mayor del 10%, pero esta restricción no es solamente un imperativo de la ley, sino un tácito acuerdo de los asociados. El gran país del Norte y Rusia están a la cabeza en la lucha contra la erosión; los gobiernos gastan ingentes cantidades de pesos en una campaña coordinada y metódica y en el pueblo se ha creado una mística en favor del suelo. La destrucción, el empobrecimiento y el abandono de las tierras moscovitas durante épocas pasadas ocasionaron el gigantesco movimiento social de 1918.

A la erosión se debió la decadencia de los pueblos Asirios. En América el problema se remonta a la época Incaica, pero entonces había una mayor preocupación por él. Si ante este problema amenazante no sacudimos nuestra indolencia, en veinte años estará erodado el 25% de nuestros terrenos, lo que equivale a decir que estamos borrando del mapa mil fanegadas por día.

En el capítulo segundo el autor hace un detenido análisis sobre la hidrografía del Valle de Medellín; el río principal, que lleva su nombre, requiere una mayor atención, así como sus afluentes, para obtener de ellos un mayor rendimiento y disminuirles su capacidad erosiva; es necesario disminuir su velocidad, regularizar el volumen de las aguas por medio de represas; reforestar las vertientes; la canalización del Río Medellín requiere una planificación integral y un estudio mejor meditado.

Al río Magdalena le dedica el doctor Jaramillo Sierra, en todo el capítulo tercero, una angustiada diatriba; es un río en formación; las peripecias geológicas de su cauce, ayudadas por el derribo de los bosques ribereños para el "leñateo", lo han llevado a ocasionarnos mayores perjuicios que aportes a nuestro desarrollo económico; es un río irremediablemente enfermo; el de mayor capacidad de arrastre en el universo; inapto para la navegación en todos sus mil cuatrocientos kilómetros de recorrido, se ha convertido en un imposible medio de transporte, siquiera entre algunos puertos interiores, por virtud de una legislación equivocada y una absurda agitación social; el país ha perdido literalmente en su cauce y especialmente en las llamadas Bocas de Ceniza ingentes cantidades de pesos. Sin embargo anota que podrían amortiguarse todos estos males, que se agrandan a través de las doscientas cuarenta páginas a favor de la salvable obsesión por la defensa del suelo, con una legislación adecuada y una persistente y bien planificada repoblación forestal de la inmensa hoya.

No solamente los elementos incontrolados de la naturaleza erodan y empobrecen los suelos; hay muchas otras causas dependientes exclusivamente de la voluntad del hombre. Un terreno eroda en proporción también al espesor de la capa vegetal que lo protege; a mayor cobertura menor riesgo de erosión; un terreno sin protección y desintegrado por medio de la herramienta agrícola, bien sea azada o arado, está más expuesto a la erosión que si estuviera cubierto con vegetación. El Sr. Faulkner, autor de la teoría que lleva su nombre, demostró lo inútil y perjudicial de arar la tierra. Sepultar el mantillo vegetal con el arado y perturbar el equilibrio vegetativo es un error. Para obtener buenas cosechas basta, por este aspecto, remover ligera y superficialmente la tierra, para que la simiente caiga y germine en un colchón vegetativo.

Con cierto sentido peyorativo di-

